

EL OREJANO

Por BELISARIO PORRAS

I

Podrá creerse por la palabra con que encabezamos estas líneas, que vamos a ocuparnos en los animales que no tienen la marca de su dueño; pero debemos advertir que no es ese nuestro propósito. La palabra *orejano*, en el sentido en que la tomamos aquí, es una palabra compuesta de *oreja* y *asno* con que pudiera designarse figuradamente a los individuos de meollo endurecido. En este concepto, el calificativo *orejano*, podría representar un tipo, como deben representarlo todas las palabras empleadas para designar cualidades comunes a ciertas individualidades, que parece las recibieran de un molde único; pero debemos apresurarnos a manifestar que tampoco nos hemos propuesto acometer tan impróba tarea; ni es todavía la *Hetografía* una ciencia bastante adelantada para que nos permitamos entrar en las elevadas y abstractas agrupaciones de semejanzas. Sépase que queremos únicamente dar a conocer un personaje que ha recibido por *antonomasia* aquel enojoso mote; un tipo notable del Istmo, y presentarle con todo su rústico esplendor,³ con su ciencia del campo, con sus creencias, con sus fiestas y cantos alegres, con sus ocupaciones habituales.

Nace en el campo o en el pueblo, y desde que abre sus ojos a la luz recibe de los habitantes de la capital, antes que de la Iglesia, el primero de los sacramentos y con él, el nombre de orejano; en lo que se ve que aquellos, a diferencia de ésta, desean perpetuar, con el bautismo de su opinión y de sus caprichos, algún pecado original del primitivo Adán de aquellos lugares; como si la actual generación de orejanos fuera responsable de los extravíos y torpezas de sus antepasados, o pudiera traspasarse, a modo de herencia o legado, un hecho sicológico independiente de la voluntad.

Por los rasgos de su fisonomía se puede juzgar que el orejano no es un tipo vulgar. Su cutis es blanca como la de casi todos los habitantes del Istmo en el interior mediterráneo; su nariz, aguileña; astuta e inteligente su mirada; sus movimientos sueltos y desembarazados. En cuanto al vestido, debemos advertir que no es sólo un accidente de su persona, sino un distintivo especial. Véalo allí el lector con la gruesa zamarra de coleta, heredada al campesino español, que la corrupción del lenguaje ha convertido en **chamarra**, y que desabotonada siempre, deja al descubierto un pecho abultado; el calzón **chingo**, terminado en la rodilla, nos permite admirar sus nervudas y curtidas pantorrillas, en donde la espina intenta inútilmente desgarrar la carne; las **cutarras** de cuero, especie de sandalias, aprisionan sus pies y le defienden de las asperezas del suelo; el sombrero de paja amarilla, sostenido con un barboquejo, deja jugar con las orejas un par de bucles rizados, en el peinado que llaman la **galluza**; y, en fin, el inseparable cuchillo, ceñido a la cintura, asoma por debajo de la zamarra que cuelga hasta el muslo, las borlas de la vaina de cuero.

Con este vestido, es imposible que pueda ser confundido el orejano; pues aunque el hábito no hace al monje, en cierto modo parece, sin embargo, que las exterioridades humanas son como reflejos del alma. Más, hablando en rigor, este ropaje característico no es sino el vestido de **trabajo** de nuestro hombre; pues en los días de festividad suele agregar **cotón** de bayeta azul que usa encima de la zamarra, y que es para él lo que el **poncho** para el araucano, el **zarape** para los habitantes de México y la **ruana** para el habitante de la Sabana. Si concurre a uno de los bailes

de ceremonia, lleva pantalón largo y camisa de finísima bretaña; y si se aleja de la casa o del corregimiento, siempre se apercibe de su punta, que es el arma de sus rifas y de la cual hace un uso atroz con el adversario. Con ella corta y raja por el gusto de cortar y por ensayo, porque no consiente en manera alguna en que se diga de otro que es valiente, sin que le dé a él la prueba de su valor. Véasele en las fiestas más próximas provocando al que considera su rival: con la punta desenvainada y el sombrero a la pedrada se le acerca y le arrastra por delante el poncho o manta, que es el guante de desaffo; circunstancia que basta y sobra para que sea aceptado el duelo. Cada uno se envuelve la manta en la mano y brazo izquierdos para que le sirva de escudo, y la liza se empeña en el acto entre una numerosa concurrencia de espectadores. . .

Terminado este ensayo o prueba peligrosa con algunas heridas, el agredido se inicia en el gremio de los bravos de la comarca. Sin embargo, no se crea por eso que el orejano tiene malos instintos: en las peleas nunca lleva su encono hasta matar a su antagonista, casi siempre se contenta con dejarle una señal, y si acontece una desgracia, debe atribuirse a ocasional embriaguez; a lo que se agrega que el orejano es hospitalario y generoso y que profesa profundo respeto a la sociedad.

II

Al establecer residencia fija, el orejano ha debido principiar, como todos los pueblos, por habitar las campiñas. Las casas de sus campos, separadas unas de otras por huertecillos y grandes extensiones de terreno, han determinado en nosotros esta creencia. Probablemente del estado nómade ha pasado al de ciudad, a modo de campamento, al estilo de las primeras ciudades del mundo, según lo vemos al estudiar las costumbres de los germanos, que establecían residencia fija a orillas de alguna colina.

Nada hay tan bello como los campos donde habita esta sencilla gente; grandes llanadas, interrumpidas sólo por preciosas co-

linas y pequeños matorrales semejantes a oasis en el desierto; de trecho en trecho las graciosas y encantadoras casitas del orejano, rodeadas de huertecillos y sobre una propiedad territorial común. Los árboles parecen disputar en algunos espacios el dominio del llano; y las corrientes que se desprenden de la sierra y llevan sus caudales al mar, pasan tranquilas por la sabana silenciosa.

El segundo modo de asociarse el orejano es el de agruparse en aldeas, a lo cual ha contribuído no poco la religión. En efecto; en todas partes ha comenzado el mundo por el culto de los sepulcros, y la religión se ha ligado a la historia de los tiempos pasados para explicar éstos con los misterios de aquellos. La idea de una Divinidad tutelar ha contribuído así, con las necesidades de la asociación, a unir a los pobladores del caserío con estrechísimos lazos; y al par que ha ido adquiriendo carácter popular la religión, el caserío se ha ido convirtiendo en aldea, y el orejano ha unido entonces a sus labores agrícolas y pastoriles, y a la caza y a la pesca, el comercio con la ciudad y la explotación de las salinas.

Sin embargo, es de observarse que si en ese sentido ha ejercido influencia la religión, no ha sucedido lo mismo con respecto a la más noble de las instituciones humanas, la institución del matrimonio; porque, en general, no es considerada como una institución eclesiástica ni civil. El hogar se constituye, en el mayor número de casos, sin los ritos de la iglesia y sin las fórmulas de la ley.

La historia del amor entre ellos es en el fondo la historia de todos los amores. En los días de festividad, que son las ocasiones oportunas y felices, el mancebo puede ver a su sabor a la orejana, y admirar su destreza en el baile y sus bellas formas y movimientos; de igual manera que ella puede admirar también la agilidad y vigor varonil, la robustez y resistencia, la agudeza y la inspiración poética de su amoroso hércules. Las miradas se cruzan, y Cupido se encarga de herir sus sencillos corazones. Desde entonces, todo es suspirar y soñar, y ya el pueblo, ya la nueva festividad, son los lugares de cita donde se renuevan los motivos de la pasión y las protestas del cariño. Es para la amada el lirio blanco que crece en la barranca de la corriente; para ella son los cantos

inspirados; para ella las sentidas entonaciones del **chinchorro**. La fuente a donde va descalza a henchir el rojo cántaro, es más tarde el lugar de la cita casi diaria. Allí concurre y espera a la virgen de sus rústicos amores; y allí concurre ella y confía al mancebo sus sueños y sus esperanzas. El amor se enardece y vigoriza cada día más entre esa múltiple naturaleza, variada en impresiones, con sus mil rumores misteriosos. Sin embargo la honestidad de los jóvenes y el respeto a los mayores es una barrera inexpugnable; y sólo después de obtener de ella el deseado consentimiento, el mancebo orejano, gozando de las dulzuras del misterio, roba en las ancas de su brioso alazán, a quien saca del hogar de sus padres al favor de la noche y del silencio . . .

Con ella parte veloz a la nueva morada que ha rodeado de naranjos y ciruelos; y desde entonces quedan establecidos con este original ayuntamiento los elementos de un nuevo hogar.

Se ve, pues, que el orejano no tiene ceremonias nupciales, al contrario de otros pueblos que han considerado este acto como uno de los más importantes de la vida, mientras más desarrollada es su civilización, por lo cual lo han mirado con religiosidad y respeto.

III

El orejano tiene cualidades asombrosas para el progreso, no obstante que en repetidas ocasiones el estímulo y los motivos que le agujonean en sus labores habituales han recibido rudos golpes de los mismos que se han dicho garantizadores de la propiedad. Las enormes y numerosas contribuciones que pesan sobre él, han entibiado el ardor por el trabajo; y los empréstitos forzosos han contribuído a que los pequeños ahorros, acumulados en tesoros, que ocultan en la tierra, sean capitales improductivos, semejantes a los del turco, en la vida que lleva de continúa inseguridad.

Con una propiedad territorial común, como son para el orejano las tierras **indultadas**, la agricultura ha marchado por esta otra circunstancia con muy lentos pasos. "Un campo es propiedad de quien lo **desmontó**, limpió y trabajó, así como un antílope perte-

necesita al primer cazador que lo hirió” Estas palabras de un Código célebre son aplicables al proceder agrícola del orejano, quien sólo necesita labrar una cruz sobre la corteza de cada árbol de un circuito dado, para marcar como un signo de propiedad de tan original manera toda la extensión del terreno que las cruces abarcan, herencia que ha recibido el orejano de nuestros padres, los conquistadores españoles. Pero es de advertirse que la propiedad dura hasta que se colecta la cosecha, y entonces se devuelve a la naturaleza, en rastrojo, lo que se obtuvo de ella en lujosa y feraz vegetación; porque aperezado el orejano, busca para la siembra el terreno virgen y tupido de árboles, para evitarse la molestia de emplear el arado y otros sistemas usados en la agricultura con los terrenos trabajados; por lo que se ve que el Istmo es la única tierra en donde el buey no ara.

Sin embargo, es digna de mención la manera de trabajar en *juntas*, en el desmonte y la siembra, en la cosecha y en la construcción de casas; porque este procedimiento, procurando diversión para los trabajadores, es eminentemente económico y de prontos y muy eficaces resultados.

Cuando el orejano juzga que está próximo el invierno, hace la invitación para la *junta* del desmonte, lo cual tiene lugar poco más o menos a principios de Mayo. Esta invitación verbal se hace el domingo, cuando concurren al pueblo todos los orejanos de los corregimientos vecinos a cumplir con el mandamiento primero de la Santa Iglesia Católica, y a hacer compras de zaraza y de coleta, de aguardiente y otros artículos; invitación en feria, porque estas pobres gentes ignoran el arte de la escritura y ninguna ocasión se presenta más afortunada que la de ese día en que se ven y se saludan los compadres de distintos campos, se piden noticias de las novillas cimarronas y se traza en la arena de la calle el hierro que les sirve de señal.

Cuando se encuentra ya cercano el día de *junta*, los mocetones afilan sus *machetes* y cuchillos, y las bellas orejanas riegan con más esmero y cuidado los botones de claveles que aparecen en los floreros de las *talanqueras*, y sueñan dulcemente con las *mejoranas* y con el *punto* que han de bailar en las *vísperas*, las

que son desde entonces materia de las conversaciones familiares. El entusiasmo corre de campo en campo, y en la tarde del día esperado se ve por todos los caminos al orejano en traje de baile. Con los últimos crepúsculos del día llega a la enramada que es ya un lugar de verdadera fiesta. Allí se renuevan los abrazos del domingo y se besan las comadres y se habla de la roza y de la siembra, del tiempo poco lluvioso y de la escasez de pastos. Las ocupaciones se distribuyen según la edad, el porte y la belleza de las damas. La más hermosa y bonita campesina es siempre destinada a hacer las bebidas refrescantes de arroz y piña. Esta es la chicha orejana, la más deliciosa y delicada de las bebidas populares. Las viejas se ocupan en asar las tortillas en unas grandes cazuelas; las muchachas muelen el maíz cocido, machacándolo entre dos piedras, y con gracia seductora hacen aquellas tortas en las palmas de las manos. Llega la noche, las luces, en faroles, principian a iluminar el vasto espacio de la enramada y los músicos dejan escapar algunos sonidos de sus instrumentos. La danza comienza y es seguida de la mejorana entre el tumulto de parejas. A un wals sigue una polka y otro wals hasta que llega el momento de bailar el punto, bambuco original de aquella tierra en el cual está caracterizado el panameño. Este es el momento de más entusiasmo para el orejano: un ancho círculo da campo bastante a la pareja, que principia, con fingida modestia, por dar una vuelta, y luego por hacer figuras con inimitable agilidad; llegado el punto o zapateo, extremo y final, el entusiasmo de los danzantes y de los espectadores raya en locura; los pañuelos y las flores caen a los pies de los danzantes y el mancebo, si es pretendiente de la dama, le tira al ruedo puñadas de monedas. Las orejanas son tipo notabilísimo de belleza y de hermosura; y el conjunto de sus adornos es un mundo de joyas que llevan en la cabeza, en el pecho, en las orejas y en los dedos. Véala allí el lector con los cordones de filigrana y cabrestillos formados con escudos coronados de adornos y pendientes de la cadena, que cuelgan del precioso cuello al palpitante seno. Sus trenzas negras o rubias caen tejidas a la espalda y son aparentemente sostenidas en la cabeza con peinetas de carey, oro y perlas. La camisa con numerosas arandelas,

cintas, trencillas y encajes deja descubiertos la mitad del pecho y una parte de los brazos, y forma con las polleras de linón floreado y transparente un vestido raro pero lleno de gracia y atractivo. Las joyas se multiplican hasta la cintura, en donde aparecen, en cada cuadril, cuatro botones de oro que parecieran enclavados y como sosteniendo las polleras. Con flores blancas y rojas forman ramilletes vistosísimos que colocan entre las trenzas, y las muchas peinetas de tocado. Con estos adornos, que hacen resaltar su natural belleza, la orejana es preciosa. Bien haya, pues, que el orejano arroje monedas a los pies de ella por conquistar una chispeante mirada o una sonrisa picante.

Con la noche que acaba, concluyen también las vísperas; y, apenas asoma el lucero de la mañana, vuelven a encenderse los fogones, las piedras de moler vuelven a crujir y el orejano cambia su vestido de baile por la zamarra de coleta y el calzón chingo; toma el machete y pronto ve uno convertido al dandy de la noche en un robusto labriego.

La mata que se ha de tumar está cercana, a cuatro pasos de la enramada; y cuando apenas alborece el día, ya los macizos troncos de la selva ceden al empuje del hacha y del machete. Entonces se verifica un torneo, el torneo de la fuerza y de la resistencia: dos mozos se desafían con la mirada, y colocado el uno al lado del otro van abriendo surcos y trochas en el tupido monte, animándose con voces dadas al compás de los golpes del machete. En estos casos el vencedor se llena de gloria, y la fama de sus triunfos suele volar de boca en boca y hasta de campo en campo. Pronto queda la roza descuajada de árboles que ruedan por el suelo, esperando el tiempo de la quema y la junta finaliza sus tareas con una abundante comida de sancocho, mondongo y chafaina.

No es este sistema de trabajo, por medio de la asociación, más fecundo y barato que el de peones? No se revela en las juntas un sentimiento de concordia y de fraternidad? A la diversión sigue el estímulo para el trabajo y los combates; y un hombre pobre, un labriego infeliz ve en pocos, poquísimos días, tumbado el monte, cercada la roza, sembrado el maíz, surgido de la nada su

modesto albergue. Con cuántos peones y salarios hubiera conseguido lo que ha visto realizar en menos de una semana con los esfuerzos combinados de todos los campesinos de los alrededores? Los gastos de la junta se reducen a muy poca cosa: uno o dos novillos, algunas cuartillas de arroz y otras de maíz, algunos cántaros de miel. Bendita sea la asociación hasta en su forma más rudimentaria! Ella realiza los prodigios del arte y armoniza en la separación de las ocupaciones hasta las más complicadas labores. . .

IV

Cuando ya el grano se encuentra amontonado en el jorón, el invierno ha dejado el turno al ardoroso verano. La pajita de las llanuras principia a marchitarse; el ganado enflaquece, y el hacendado se ve en el caso de llevarlo a la tierra donde el pasto natural abunda y las corrientes de agua no se estancan jamás. Entonces llega el tiempo de las hierras, que es para el ganadero lo que es la época de las cosechas para el agricultor, y una fiesta campestre que se recibe con júbilo en todos los alrededores de la campiña.

Recuérdese la descripción que hicimos de los corregimientos, en extensas sabanas interrumpidas sólo por algunas matas, colinas y arbustos espinosos, con las casas colocadas a diez y veinte cuerdas de distancia, y entonces podremos acercarnos al lugar de la hierra donde se encuentran reunidos todos los mayores y mocetones de los campos y pueblos vecinos, luciendo en famosos potros de carrera, su gallardía y agilidad.

El ganado se encuentra acorralado; y durante la mañana el hierro en ascuas ha dejado a los animales nuevos la señal del dueño. Las flautas, violines y panderetas dejan oír alegres bambucos, cuyos sonidos parece que juguetearan en el ancho espacio de la llanura. Los meros espectadores se hallan encaramados en los árboles del corral o en palcos contruídos a la ligera. El aguardiente se consume a grandes tragos, y todo es animación en esas fiestas de la abundancia. Dada la señal a uno y a largos intervalos, van saliendo a escape los novillos del corral, en pos de los

cuales se lanzan ágiles, un par de robustos mozos que se disputan en la rápida carrera el derecho de colearlos; y ora a pie, ora a caballo, con maestría y vigor, dan en tierra con ellos entre los aplausos de los concurrentes. Las muchachas les alientan con halagüeñas y provocativas sonrisas y a veces suelen premiar furtivamente al vencedor con claveles encarnados o blancas azucenas. Y tal así como del baile, del teatro y otras diversiones de la ciudad, sale el germen de muchas aventuras amorosas, en la hierra el amor endilga primorosamente sus flechas a los sencillos corazones de los labriegos orejanos. Oh! cuántas muchachas ardientemente impresionadas con el mancebo de fornidos músculos, pecho levantado y vigorosos brazos, que más que otros pudo enclavar en tierra los cuernos de los más forzados novillos! y con el ligero de piernas que en la carrera supo siempre dejar atrás a sus compañeros! Y así en la ciudad, como en el campo ¡cuántas noches de delirio por una cualidad no sobrepujada! y así en la ciudad, como en el campo, ¡cuántos corazones sorprendidos en la tela que entreteje maravillosamente la imaginación!

La fiesta concluye cuando la noche principia a ennegrecer el vasto horizonte de la llanura. Entonces los orejanos se dirigen en grandes grupos a sus respectivos corregimientos, entonando alegres coplas y sentidas canciones cuyas notas van a perderse tristemente a muy largas distancias por la llanura, y llevan al alma del caminante un tinte de melancolía en esas horas de los recuerdos.

V

El orejano honra las musas como ningún otro pueblo; y la **gaya ciencia** de sus ministriles, en nada inferior a la de los cantores de la **guavina** y del **bunde**, endulza su existencia y presta desahogo a sus pasiones rudas.

Como ha carecido de tiempos heróicos, no tiene, es verdad, crónicas poéticas ni romances guerreros; pero, en cambio, ha formado de ciertos hechos y personajes, leyendas interesantes, puramente humanas y altamente favorables a la fantasía.

El medio poético en que se halla colocado le hace sentir el

espíritu de la poesía en todas partes. Suave le respira en las flores silvestres; suspirando le escucha en la brisa de las playas; quejoso y suplicante le oye en las olas que mueren en los farallones y en las hondas cavernas de las costas.

Su alma vive de emociones, tiernas y apacibles ahora, a veces fuertes; porque la Naturaleza es todavía para él un arcano de quimeras, y ve en el mundo la dulce realidad de los seres. Su alma tiene esa enérgica ansiedad de la ignorancia y ese curioso anhelo del deseo, que ciego y tembloroso, arrastra al hombre a la morada de las maravillas. Por eso su imaginación es un monstruo insaciable que devora a sus propios hijos, como lo hacía el feroz Saturno.

Sus leyendas caprichosas, tomadas de la Naturaleza, satisfacen sólo a medias, a falta de la Filosofía, aquella curiosidad y aquel anhelo. Véseles en las noches claras de verano agruparse con gusto debajo de algún árbol que da sombra a los trapiches, en las barrancas de algún río, para escuchar las relaciones fantásticas de sus ministriles prosadores; o bien acurrucados en el *carmanchel* de proa de las naves costaneras, recogiendo con avidez todas las palabras de los cuentos marinos. . .

Pero el espíritu poético no sólo se ha manifestado en la ávida ansiedad y en las leyendas narrativas del orejano. En esta senda florida ha encontrado siempre la imaginación numerosos elementos que fecundar. Háse manifestado también el espíritu poético en la música y el canto; en aquella por las dulces cuanto enérgicas evocaciones de una vida de memorias y de una vida de porvenir; en éste por el grito de angustia o de victoria de la pasión, en las modulaciones de la voz forzosamente enlazadas con las impresiones morales. Las vaporosas visiones del pasado necesitan muchas veces de un timbre poderoso que las despierte de su profundo sueño, de algo que vaya a la idea, que hiera profundamente el alma; y ese timbre poderoso de los sentimientos humanos no es otro que la música, el cual aparece con el hombre, en su cuna le arrulla, le acompaña en las dichas y pesares, y hasta la tumba le lleva. Por eso el cantor es entre ellos un ser privilegiado que anda de *víspera en víspera* y de *velorio en velorio*, cantando

propios o ajenos amores o satirizando al gobierno; cantando las peripecias y peligros de algún marino o ensalzando el valor de algún valiente. Donde quiera que hay una fiesta, allí está él con su **chinchorro** —especie de **bandurria antioqueña**—, rodeado siempre en las cantinas de un coro de entusiastas que escuchan embelesados. El **socavón**, hermano de la dulce **guavina**, se va calentando poco a poco, y entonces varios cantores suelen disputarse la victoria en una lucha de canciones y décimas notables muchas veces por la agudeza de las ideas que contienen; sencillas si relatan las escenas campestres, metafóricas y pomposas cuando son muy buscadas las comparaciones. Las coplas suelen ser muy felices y mucho más dulces y tiernas que el **tonito** ecuatoriano. Cuando el cantor se siente electrizado por el licor y la presencia de las bellas, todos sus versos son improvisaciones a unos ojitos negros, a un lunar que él ha visto en la mejilla, a un clavel que se halla prendido entre las negras trenzas. No será nuestro ministril el mismo trovador del siglo diez y siete, más tosco, o si se quiere, menos instruído?

En todas partes, donde el hombre no ha dejado perpetuar en su estirpe la esclavitud y la infamia, y ha desarrollado sus instintos y aptitudes, ha sido siempre poeta, y ha buscado en la música un medio de endulzar las tristezas de la vida y de dar rienda suelta al alma para que se espacie por un mundo encantado de imaginativas creaciones. Por eso nunca han sido poetas los pueblos embrutecidos en la esclavitud; y por eso desde los primeros tiempos le ha cantado el hombre a la bella Libertad.

En nuestro país casi todos los pueblos tienen esa ardiente fantasía que los hace poetas. La variedad de entonaciones en sus cantos es sólo el tinte especial de las diversas localidades. Así son tiernas y dulces, como el **yaraví** chileno, las **guavinas** de la Antioquia feliz; monótonas y melancólicas, como el canto noruego, las canciones del indio en la apartada y deliciosa antiplanicie; y agudas y picantes las **mejoranas** y **socavones** del Istmo. Pero aunque variadas las entonaciones, siempre el tiple aquí, allá la **bandurria** y el **chinchorro** allí, han expresado, —unas veces los tiernos sentimientos del corazón y la vida del hogar, otras la ávida ansiedad

del alma.

VI

Vemos, pues, que en todo estampa la Naturaleza el sello de sus condiciones; aquí en las cosas que produce y en las personas que se desarrollan; allá en las cualidades de esas mismas cosas y personas. La variedad en las propiedades humanas, tanto físicas como morales, es en parte, resultado de aquellas condiciones naturales a las cuales se amoldan éstas inaparentemente. Por eso se nota cierta diferencia en las entonaciones de voz en los habitantes de una comarca aunque hablen un mismo idioma; así, los nacidos en las montañas pronuncian las palabras con dejadez y lentitud; con rapidez son pronunciadas por los habitantes de las llanuras, los valles y las costas; un tanto gangoso, dulce y algo afeminado en las partes elevadas y mesetas; es fuerte, argentino y varonil el lenguaje en las costas y en las partes bajas del territorio.

En Bogotá y en todos los pueblos de la altiplanicie las voces son empleadas en diminutivo generalmente, no así en las costas del Pacífico y del Atlántico, en donde son raras estas dulces terminaciones que tanto se usan en las conversaciones familiares, y en donde, además, el sonido fuerte de la "r" predomina sobre todos los demás, haciendo muchas veces cambios sustanciales con la "l".

En aquellas costas el sonido suave y silbado de la "s" desaparece, si es final, o pasa de una sílaba a la otra. Así, dicen **lo peje**, por los peces, **comites**, por comiste. La "h", ya se halle en principio o en medio de dicción, es reemplazada por la "j", cuyo sonido es fuerte y áspero; y, en fin, la supresión de las terminaciones **ad**, **ado**, **ada**, es más común y frecuente que en Bogotá; así como por rapidez en la pronunciación de la "r" y la "l" final se suprimen también en ocasiones, duplicando entonces la vocal en que termina la palabra.

Esta es una observación que puede aplicarse, generalizando, a todos los habitantes de las costas de América. Sin embargo, es el orejano una excepción de la regla, aunque mora en costas, en toda la extensión del terreno comprendido en el Istmo de las montañas al mar; pues es más suave y dulce su lenguaje que el

del habitante de la ciudad de Panamá, Colón, Chagres y Portobelo. El dice, por ejemplo, de una vaca que es *jorra* o *ajorra*, por *ahorra*; y que es de *jarina* de pan, y que no hay *gualdad* en él gobierno, y que es bueno *comel* cuando se tiene *hambre*; pero no dice que *Manuer* es un negrito *bozaa*. El orejano usa de la "s", ya se halle ésta en final o en principio de dicción; y a diferencia del mulato, cambia la "r" en "l" para hacer más suave la pronunciación.

Sorpréndese uno al encontrar en el lenguaje del orejano voces metafóricas de una lógica irrecusable. Así, por ejemplo, la acción del adulterio la expresa él con el verbo *quemar*, y dice: *fulanita ha quemado a su marido*. La pena que sufre por amores, es *cabanga*, palabra que en el Istmo indica un dulce agradabilísimo, pero indigesto.

Innumerables serían los ejemplos que podríamos presentar para ilustrar la materia; pero este corto ensayo no nos lo permite, y debemos contentarnos con lo dicho.

VII

Hasta aquí hemos seguido al orejano desde la cuna y nos hemos detenido a veces en el curso de su existencia a mirar con regocijo sus graciosas viviendas y sus labores habituales; sus raros y alegres pasatiempos y las cualidades distinguidas que le adornan en medio de su conjunto agreste. *Detengámonos* ahora al borde de la tumba en donde termina su carrera, que a más de un motivo de entretenimiento y satisfacción de la curiosidad, nos servirá para deducir la índole de aquel pueblo, que se transpira también en estas últimas manifestaciones de la vida.

No nos parece extraño el regocijo a que se entregan los orejanos en las campiñas del Istmo, cuando muere un niño, a quien consideran un ángel que se remonta con ágiles alas a la mansión de la *Inocencia*. Por qué llorar y entregarse al dolor cuando el alma se desprende del barro vil que la aprisiona? Así, pues, entre los orejanos el *velorio* de un niño es una velada dulce y agradable; una mesa donde reposa el *muertecito*, adornada con flores y lu-

ces, ocupa la mitad de la sala, y alrededor en pequeñas mesas, los concurrentes juegan barajas y toman café y bebidas refrescantes. Las risas y carcajadas alternan con los chistes y los cantos; los galanteos amorosos de los jóvenes, con los cuentos de la vida de antaño, de las viejas. El espíritu de la alegría y de la felicidad parece que retemplara los ánimos y los dispusiera a sentir lo agradable de la vida sin que la realidad de la muerte sea bastante para inclinarles a las consideraciones dolorosas que la tumba ofrece.

Sin embargo, si esto sucede con un niño en quien se supone la inocencia y la pureza, no acontece lo mismo cuando muere un malvado o un asesino, para quien no hay más sepultura que una fosa en campo raso, lejos del cementerio de los justos.

El espanto penetra entonces en todos los corazones; las familias se recogen más temprano, y la noche es una noche de terror e insomnio. La asustada imaginación cree ver el alma del asesino, vagando por el huerto, penetrando a la casa por las rendijas de la puerta, y en vano intenta el orejano cerrar los ojos, porque la sombra lo persigue, y oye su voz y siente el olor azufrado del infierno, y a las campanas que doblan con tristeza, llamando al arrepentimiento el ánimo descarriado y vagabundo.

Y no se crea que estas impresiones profundas dejan de ser duraderas. Motivos hay que las renuevan y perpetúan; influyendo saludablemente en aquellos corazones, tan dispuestos a recibir el riego de la virtud.

A orillas de algún camino se ha abierto la huesa para recibir los despojos y sobre ella se ha levantado una tosca cruz de palo, y en su base se han amontonado piedras. Ningún orejano pasa por delante de ella sin descubrirse y elevar sus preces a la Providencia, y sin llevar en el alma un tinte de melancolía y terror.

Es verdad que no todas estas cruces indican la tumba del malvado; pero generalmente son la enseña de algún acontecimiento trágico: aquí, dos enemigos se encontraron y después de una reyerta terrible se vio caer a uno de ellos cubierto de heridas mortales; a dos pasos del lugar que fue manchado con la sangre humana, fue enterrado, y una cruz se levantó enseguida. Allá viajaba descuidado un campesino, y un par de descargas le tendieron

en el suelo, moribundo; la huesa se abre y una cruz de palo adierte al caminante el horrible suceso.

Hechos son estos que revelan, al par que la piedad del orejano, un secreto terror por el crimen; y siendo, como es, su vida tranquila, la muerte violenta no puede menos que dejar en él duraderas y muy profundas impresiones.

Cuando no es un niño ni un malvado el que muere, sino un hombre útil, entonces se manifiesta el egoísmo de la pena en el llanto y el luto; y dan rienda suelta al humano dolor todos aquellos para quienes es una pérdida la eterna ausencia del difunto. Entonces en el velorio se rezan oraciones y rosarios, y en el entierro no acompaña otra música que la del miserere. Si el muerto es hombre rico, hay pompa en las ceremonias fúnebres, y si es pobre lo conducen al campo santo en una **barbacoa** con dobles de campana.

No así en la ciudad capital del Estado, donde se conserva para los ricos la costumbre de los banquetes fúnebres. Allí, en esa ciudad, la casa es toda crespón negro, excepto en el comedor, en donde hay francachela. Una vez que ha terminado la última parte de la obligación para con los muertos, es decir, una vez que se ha echado en la huesa el último grano de polvo, la concurrencia se vuelve a casa de los herederos del difunto, donde un opíparo banquete no espera más que a los convidados, para hacerles gustar los sabrosos manjares y los exquisitos vinos. Entonces la escena del duelo alterna con la escena del placer. En los aposentos se llora y se suspira, y en el comedor se bebe y se rie y todo es bullicioso festín, porque la gastronomía no admite seriedad ni mala cara. Los muslos del pavo, las alas de la gallina y los pernilles de la lechona, van desapareciendo en aquel gustar de platos diversos. El champagne humea y los brindis siguen naturalmente por la felicidad del difunto en la otra vida. Así alternan y contrastan estas escenas de duelo y de placer, y así se palpa la realidad de la vida en aquella ciudad!

AGUADULCE

Por NICOLAS VICTORIA JAEN

Dentro del gran Golfo de Panamá, en el fondo del de Parita, casi a igual distancia de las desembocaduras del río Grande y del Santa María, se encuentra la boca de un estero, ancho, de muy fácil acceso, que sin dificultades ni tropiezos conduce al puerto del Distrito de Aguadulce. La cabecera de la mencionada entidad política lo es la población del mismo nombre, situada en una extensa llanura, distante del puerto unos cinco kilómetros, unidos entre sí, población y puerto, por una sólida carretera construída durante la Administración del doctor Manuel Amador Guerrero, primer Presidente de la República de Panamá.

Aguadulce es población de fundación reciente, siendo así que el distrito fué creado en el año de 1885, lo mismo que la parroquia, y formado con caseríos pertenecientes unos a la antigua e histórica ciudad de Natá, comprensión hoy de la Provincia de Coclé; otros al distrito de Calobre, Provincia de Veraguas, y algunos al de Santa María, en la actualidad Provincia de Herrera.

Se ignora el motivo por el cual al erigirse el distrito fué designada para cabecera lo que es hoy población de Aguadulce, pues a una distancia de dos kilómetros, en la misma meseta, existía entonces, como existe ahora convertida ya en pintoresca y próspera población, Pocrí, caserío en la mencionada fecha con más

habitantes que el de la Trinidad, bautizado a mediados del siglo pasado con el nombre de Aguadulce, que hoy conserva, y que lo es también el del Distrito.

Es Aguadulce en la actualidad una de las principales poblaciones del interior de la República. Varias circunstancias han contribuido a ello, algunas de las cuales nos permitimos enumerar ligeramente.

En primer término, su situación cerca de la costa, con puerto de muy buenas condiciones, lo que ha dado lugar siempre a que sus habitantes mantengan comunicación rápida y continua con esta ciudad Capital. Siguen después dos circunstancias más, que aunadas determinaron lo que podremos llamar **idiosincrasia** económica del aguadulceño. Esas circunstancias son la esterilidad de los terrenos inmediatos y la abundancia de sal que se elabora todos los años en la estación seca, en albinas altas que rodean la población por diversas partes. La abundancia de este artículo y la escasez de cultivos agrícolas obligaron a sus habitantes a establecer un intercambio provechoso. Para el aguadulceño la sal fué por mucho tiempo a modo de medio circulante con el que verificaba sus principales transacciones comerciales por casi todo el Istmo en las regiones del Pacífico.

Ese género de vida hacía del aguadulceño un hombre activo, diligente, incansable, esforzado y luchador. No había rincón de las Provincias interioranas por donde el arriero de Aguadulce no estuviera ofreciendo su artículo y obteniendo en cambio de él varios productos, principalmente víveres.

No ha dejado de ser parte a contribuir también al desarrollo de Aguadulce el permanente contacto con habitantes de otros pueblos, que tenían forzosamente que buscar salida para sus productos, lo que conseguían trayéndolos a la Capital por el mencionado puerto.

Hasta aquí nos hemos referido a lo que llamaremos condiciones generales que han contribuido en mayor o menor grado al adelanto de Aguadulce; ¿cuáles son ahora las condiciones especiales del aguadulceño, hijas de aquéllas o con ellas relacionadas?

Antes de todo queremos llamar la atención hacia un hecho que le hace mucho honor a Aguadulce. Es éste el Distrito del interior donde hay menos analfabetos. Hace cuarenta y un años se estableció allí, por primera vez, la escuela pública de varones, a la que un año después asistía puntualmente más de un centenar de alumnos. La población cabecera tendría entonces, a lo sumo, quinientos habitantes, lo que da una proporción tan alta en el número de educandos que aún hoy mismo no es fácil conseguirlo en otras partes contando con los de ambos sexos.

Esa inclinación del aguadulceño a aprender le ha proporcionado siempre cualidades muy ventajosas. Debido a ello ostenta carácter expansivo y avisado, luce imaginación despierta y está listo para hacerse sentir en diferentes esferas de la actividad humana. Débese a ella también que después de la Capital sea acaso Aguadulce la población que tiene más numeroso personal y más competente dedicado al magisterio de la enseñanza. En la política, entre sus hombres principales algunos han descollado visiblemente, como lo acredita el haber hoy mismo en la Capital de la República varios aguadulceños que han sido Secretarios de Estado y ocupado honrosas posiciones en el país.

No podemos menos que traer en estos momentos a nuestro ánimo el dulce contentamiento que nos produce el recuerdo que exploya nuestro corazón en tiernas emociones, que conservan aún el aroma vivificador de tiempos idos.

Al rememorar una época de tanto atraso en el país, cincuenta años atrás, en que no había escuelas públicas, nos hacemos el deber de constatar que los padres de familia aguadulceños subsanaban el desconsolador vacío proporcionándoles a sus hijos, a su costa, los maestros que entonces se podían conseguir.

En los diez años anteriores al de 1876 desfilaron como maestros de la juventud de Aguadulce, uno tras otro, los señores Teodoro Ponce, Domingo Vega, doctor N. Gómez. Pedro Antonio Caicedo, Yldefonso Mesías Villanueva y Gregorio Ramos. Lo numeroso de la lista demostrando está el celo de los padres por educar a sus hijos. La pobreza de entonces, muy general en el

Distrito, no era obstáculo para que ellos cumplieran con el más sagrado de sus deberes.

¡Qué contrastes entre aquellos tiempos y los presentes! Hoy en sólo Aguadulce y Pocrí pasan de un millar los niños de ambos sexos que reciben instrucción metódicamente impartida, de veinte o más maestros de grado. El afanoso empeño de una generación que ya se fué persiste en la actual, y la recompensa alcanzada por ambas está de manifiesto en los centros educativos de Aguadulce, los de la cabecera especialmente, que figuran en la actualidad entre los mejores del país.

Otra circunstancia sobre la que podemos llamar la atención es la de que los aguadulceños, debido a las múltiples aspiraciones que han agujoneado su ser, han espigado en campos muy diversos. Producir sal y acarrear productos del país habría sido su única ocupación favorita si ellos, gracias a sus propias iniciativas, no se hubiesen creído llamados a fines industriales muy distintos. Han producido y producen sal en abundancia; han mantenido y mantienen comunicación frecuente con muchas y lejanas secciones del país; se han dedicado y se dedican al comercio, lo que ha atraído al lugar no pocos extranjeros que han levantado entre ellos sus toldas con positivo provecho; han ensayado y ensayan con buen éxito criar y cebar ganados, para lo que se han visto urgidos a extender sus energías fuera de los límites del distrito, y, por último, las mejores fincas agrícolas del interior iniciadas y desarrolladas han sido en regiones tributarias de Aguadulce.

En la última guerra civil colombiana, Aguadulce fué el teatro de formidables combates, y la población cabecera, sitiada una vez por largo tiempo, tuvo al fin que rendirse, cuando ya para alimentarse sus habitantes carecían de todo. Las huestes del Gobierno, que eran las sitiadas, destruyeron despiadadamente las arboledas frutales para formar trincheras; las puertas, pisos y cielos rasos de las casas, para emplearlos como combustibles; las palmas para saborear hasta el interior del tallo, y sus habitantes, después de todo, quedaron diseminados por selvas, cerros y collados, sin concierto y sin rumbo; y a pesar de haber sufrido viacrucis tan cruento como largo, Aguadulce presenta hoy fiso-

nomía riente y el progreso se deja ver en forma halagadora.

El desarrollo de Aguadulce es un caso práctico digno de estudio. En relativa escala, puesto que la población aún es pequeña, se ha verificado allí un cruzamiento de gentes diversas, nacionales y extranjeras, lo que ha sido parte, en nuestro sentir, a evitar que predominase en sus habitantes el egoísmo que en muchos de nuestros pueblos contribuye a aislarlos unos de otros, con visible perjuicio para todos.

Debido en parte a lo que dejamos expuesto, Aguadulce y Pocrí, separados ya por unas pocas cuadras, constituyen uno de los pocos centros urbanos de importancia que existen en el país. Hay establecimientos comerciales bien surtidos, algunos edificios modernos, casas espaciosas y cómodas, hábitos sociales, entusiasmo por la instrucción, médicos, boticas, número considerable de vehículos de ruedas, y casas de hospedaje donde se ofrece al transeúnte buen servicio. El acueducto, construído recientemente, ha de contribuir a higienizar la población y a hacerla más atractiva y habitable. En la plaza principal hay un parque que sirve de paseo público; las calles, aunque mal trazadas, tienden a mejorar; en el puerto hay el mejor muelle del interior, con espaciosa bodega, provistos ambos de los elementos indispensables para el rápido servicio de embarque y desembarque. En fin, Aguadulce, llegará a ser, con David y Chitré, una de las tres metrópolis interiores.

Escritos: Tomo I, Págs. 161-165.

LA POBLACION DEL ISTMO

Por EUSEBIO A. MORALES

Orígenes

I

Cuando en 1515 Gonzalo de Badajoz acometió la empresa de cruzar el Istmo para conquistar y dominar la costa del mar recién descubierto por Balboa, encontró aquí según los datos históricos más autorizados, una población nativa considerable y probablemente más densa que la actual. Desde la cordillera los conquistadores fueron encontrando tribus numerosas, y cuando Alonso Pérez de la Rúa, subalterno de Badajoz, llegó a los dominios del cacique Natá, se quedó sorprendido al ver la población que allí existía. En la narración presentada a Pedrarias por el Alcalde Mayor de Castilla de Oro Gaspar Espinosa en 1517, después de haber recorrido todo el territorio del Istmo desde el Darién hasta las montañas de la península conocida hoy con el nombre de Azuero y hasta las islas del Golfo de Montijo, se encuentra una frase reveladora de la impresión recibida a ese respecto por los conquistadores: "Eran tantos los bohíos que había (habla del pueblo del cacique Natá) que creo no hubo nadie que no se espantase e tuviese temor de ver tan gran población". El número de indígenas que

habitaban la región formada hoy por el Distrito de Parita debe de haber sido no menor de cuarenta o cincuenta mil almas, pues en el combate librado entre los españoles comandados por el Capitán Badajoz en persona y los indios mandados por el Cacique Pariba o París, estos últimos eran en número como de cuatro mil guerreros. Y así tenía que haber sido para explicar la derrota de los conquistadores, quienes llegaron en fuga hasta Chame.

Las matanzas relatadas ingenuamente por los mismos cronistas testigos de los sucesos no dejan dudas del sacrificio cruel de decenas de miles de indígenas llevado a cabo por los españoles en pocos años sin excusa alguna. Fray Francisco de San Ramón en carta dirigida al Padre Las Casas el año de 1517 refiere haber visto por sus propios ojos en la Tierra firme “meter a espada y echar a perros bravos cerca de cuarenta mil indios”. Desaparecía, pues, violentamente, la población oborigen, pero ella no podía ser reemplazada por los pobladores españoles porque éstos no venían a poblar, sino a recoger con buenas o con malas artes todo el oro y la plata que podían encontrar en sus excursiones de exploración, para regresar pronto a su patria. Por otra parte, la España del siglo XV y principios del XVI no era tampoco muy exhuberante en población, y los miles de hombres que anualmente salían para América se repartían en todo un continente, desde Méjico hasta la Patagonia. La prueba de nuestro aserto se halla en los datos exactos del número de hombres que habían llegado a la Castilla del Oro hasta 1515. Balboa contaba en la Antigua con setecientos compañeros cuando llegó Pedrarias al frente de su expedición de mil quinientos hombres. Reuniéronse, pues, unos dos mil doscientos españoles, número que probablemente no se vió por entonces reunido en ningún otro punto del Continente. En menos de un mes perecieron de hambre, de privaciones y de enfermedades setecientos de los recién llegados y un centenar de ellos, encabezado por Bernal Díaz del Castillo, quien después escribió la historia de la conquista de Méjico, abandonó el Darién y se dirigió a la Isla de Cuba.

Si se hubiera llevado una relación exacta de los españoles que llegaron con cualquier motivo al territorio ocupado hoy

por la República de Panamá durante todo el tiempo de la conquista y de la colonia, se encontraría que en ninguna época hubo un número de treinta mil residentes. En 1575, por ejemplo, cincuenta y seis años después de fundada, la antigua ciudad de Panamá, a pesar de ser el asiento de una Audiencia Real y de un Obispado, contaba apenas quinientos españoles adultos; Natá tenía sesenta; la Villa de Los Santos cincuenta; y Chepo 7 u 8. En 1610 la ciudad de Panamá tenía 548 españoles adultos (había ganado 48 en treinta y cinco años), 303 mujeres, 156 niños, 146 mulatos, 148 negros libres y 3.500 negros esclavos (hombres y mujeres). En Chepo ya no había españoles. En la ciudad importante de Portobelo no había por entonces más de doscientos.

Es que las historias de los cronistas y las relaciones orales de los exploradores y conquistadores del Istmo presentaban a éste como la región más inhospitalaria y mortífera de la tierra. En la costa atlántica los españoles se resistían a vivir y preferían residir en Panamá y hacer viajes a Nombre de Dios, a Portobelo o a Chagres, cuando era necesario para sus negocios o sus servicios a la llegada de buques de la Península. La costa del Pacífico era menos malsana, pero la Provincia de Veraguas, con excepción de Santa Fé, era considerada inhabitable para los blancos por ser muy lluviosa, cálida y húmeda.

El país, en resumen no tenía atractivos para los españoles. No había comparación posible entre su clima y el de Guatemala o del Perú, ni tampoco era comparables sus oportunidades de hacer fortuna rápidamente con las que ofrecían los Imperios de los Incas, de los Chibchas y de los Aztecas.

Esas circunstancias han sido factores decisivos en el desarrollo de Panamá, y para comprender mejor su influencia histórica es preciso hacer un análisis siquiera sucinto de lo que podemos llamar la psicología de la conquista, de la colonia y de la emigración española a América. Ello nos servirá para dar la explicación probable de algunos caracteres distintivos del panameño de hoy.

II

La época de la conquista de América coincidió con el período más glorioso y floreciente de España. Vencidos y expulsados los moros; unidos los reinos de Aragón y de Castilla; triunfante la Nación en sus guerras con Francia, y poseedora de ejércitos numerosos aguerridos e invencibles, puede decirse que la España misma y la Europa toda, le ofrecían al espíritu guerrero de sus hijos, un campo más amplio que ningún otro para la distinción, la galantería, la aventura y el heroísmo.

Qué era, pues, lo que podía mover a los españoles a salir de su patria, a abandonar los centros de civilización que allá existían y venir a la América, a correr peligros desconocidos, a morir heridos por flechas envenenadas, o mordidos por serpientes, o minados por un clima deletéreo, enervante y traicionero? El único atractivo suficientemente poderoso para vencer los temores de una aventura como aquella, era el oro. Los hijos de Castilla no vinieron a América sino en busca de riquezas para regresar a España a gozar de las comodidades, honores, placeres y prestigio social que daba el dinero. No es concebible que ningún español dejara su país con ánimo de emigrante, es decir, con la resolución definitiva de no volver a él. La única excepción posible era la de los fugitivos de la justicia.

Aquella actitud era natural y perfectamente justificable. Cuando en nuestra época, hasta hace pocos años, los rusos, o los polacos, o los bohemios salían de Europa para América, se iban de sus respectivas tierras en busca de una civilización mejor, en donde tenían seguridad de hallar buen clima, trabajo remunerador, amplias oportunidades de mejoramiento, libertad religiosa y civil, educación para ellos y para sus hijos. La emigración era y ha venido siendo para ellos un tránsito de lo malo, opresivo e intolerable a lo excelente, hermoso y vivificante; era, en suma, una resurrección. Pero nadie emigra de Europa a las soledades del Amazonas en el Brasil o del Darién en Panamá con ánimo de fundar allí un hogar y una familia; el solo pensarlo inspira miedo. Los españoles, al venir a América durante la conquista, dejaban

probablemente en España mayores comodidades de las que podía brindarles el nuevo continente; pero hacían lo que consideraban un sacrificio transitorio en la esperanza de obtener una fortuna en corto tiempo. Eran, pues, transeuntes, en las regiones conquistadas y especialmente en aquéllas en donde el mal clima era una constante amenaza para la vida.

Eso explica por qué los españoles venían al Istmo sin familias. La llegada de doña Isabel de Bobadilla, esposa de Pedrarias, primera mujer española que pisó el continente americano, fue un gran acontecimiento en Santa María La Antigua. Y esto último nos revela, dicho sea de paso, la actitud hostil de muchas tribus indígenas contra los descubridores y conquistadores. Los aborígenes de nuestra costa Atlántica, que son hoy en su aspecto, en sus costumbres y en su vida, la reproducción exacta de las tribus de aquella época, son muy celosos de la pureza de su raza y castigan con la muerte de la prole la transgresión de sus leyes a ese respecto. Fácil es comprender lo que ocurriría en aquella época con la soldadesca agresiva e insubordinada que tomó parte en la conquista, y fácil es deducir las escenas de sangre y de violencia de que fueron víctimas los indígenas hasta el extremo de que se tornaran en odio y en hostilidad abierta la sumisión y la hospitalidad de los primeros días del descubrimiento.

Naturalmente acontecía que muchos no podían regresar a España por haberles salido mal la aventura. Entonces, unos se iban para Guatemala, para México o para el Perú; otros, muy pocos, se quedaban en el Istmo ganando la vida como podían, pero siempre ansiosos de salir de aquí. Establecido el tráfico entre los dos océanos para el transporte de tesoros y mercaderías, Panamá vino a ser una etapa obligada de ese tráfico, y a tener algún comercio de artículos usados en la navegación, y de provisiones de boca para las naves y los viajeros. De ahí nació la importación de ganados de cría de España y la fundación de los primeros hatos desde la ciudad hasta Pacora y Chepo. Cuando la tierra de los alrededores de Panamá, buena para la ganadería, estuvo toda apropiada, los hatos se fueron extendiendo hacia el interior por donde quiera que había llanuras con pastos naturales,

y así se fundaron las haciendas de Chorrera, Chame, Antón, Natá, Parita, Santiago, Remedios, Alanje y David. La falta de población española que se dedicara a trabajos manuales y la resistencia de los indígenas que aún quedaban en el país retirados ya a las montañas, creó la necesidad de conseguir trabajadores de fuera y no hubo otro medio de obtenerlos sino importando esclavos de Africa.

Como se vé, los orígenes de la población del Istmo son suficientemente claros para no dar ocasión a falsas o erróneas interpretaciones históricas. Quedaron existiendo desde la conquista los siguientes elementos étnicos; los restos de la masa indígena que se salvó, recluída en las montañas, del exterminio a manos de los conquistadores; un pequeño núcleo de la población española en la Capital y pequeños grupos diseminados en el interior como dueños, capataces o guardianes de hatos, y como jefes de explotaciones de minas; y una masa, más numerosa, de esclavos africanos.

De esos elementos, conservados en parte en su pureza primitiva, y combinados entre sí en proporciones diversas, se fué formando la población del Istmo en los tiempos de la Colonia.

Desarrollo

III

Los rezagados que no deseaban regresar a España por no haber satisfecho sus esperanzas de fortuna, ni haber podido trasladarse a México o al Perú, vinieron a formar, junto con los empleados coloniales, con los negociantes y con los dueños de hatos, el único grupo de españoles que tenía en el Istmo una residencia permanente. Pero aquella permanencia era relativa, era el resultado de un estado de ánimo que revelaba resignación, más bien que voluntad. Si un golpe de fortuna alteraba la situación de un individuo, éste se iba para España sin demora con su familia, llevándose probablemente algunos esclavos.

Durante la época colonial el Istmo tuvo, pues, en contra de su desarrollo, un factor adverso poderosísimo; el estado de ánimo, el estado psicológico de los españoles. Véase si no su obra. Siendo como era miembros de una raza esforzada, emprendedora, inteligente y artística, a pesar de todo eso, en el Istmo nada fundaron. Construyeron entre Portobelo y la Capital un camino de primer orden porque era necesario para establecer la comunicación entre los dos océanos; fortificaron los castillos artillados de las ciudades de Portobelo y Chagres porque ello era indispensable para la defensa del tráfico; pero en el interior del país no hicieron ni un puente, ni un camino. Las ciudades eran obras efímeras. La antigua Panamá, según las crónicas, no tenía ni una sola casa particular construída de mampostería o de ladrillos: todas eran de madera. Las únicas obras sólidamente construídas fueron los edificios públicos y las iglesias.

Todo eso era efecto del ánimo que prevalecía en los habitantes. Ellos no se consideraban vinculados al suelo; no tenían aquí atracción espiritual; eran viajeros que hacían del Istmo una etapa en la vía de la fortuna; su inspiración y su amor estaban en España y hacia ella volvían los ojos entre la ansiedad y la esperanza. En los hogares no se vivía sino rindiendo culto a la patria ausente, y así se mantenía y perpetuaba la idea de una permanencia transitoria, de algo como un destierro cuyo fin era el anhelo, la aspiración constante e irresistible.

Andando el tiempo las condiciones de la vida Istmeña se hicieron más difíciles y precarias por los levantamientos constantes de los indígenas, las invasiones e incursiones frecuentes de los piratas y bucaneros, y por el uso consecuencial de la ruta del Cabo de Hornos para el tráfico entre España y el Perú. El país se hizo menos atractivo que antes, cesó el comercio, desapareció la agricultura que se había desarrollado, y la población emigró en grandes números. La pobreza del Istmo fué tal que hasta los religiosos rehusaban la distinción de ser sus Obispos.

Los datos publicados hasta ahora sobre la vida colonial panameña son sumamente incompletos, fragmentarios y casi inútiles para quienes deseen conocer lo que puede llamarse la historia so-

cial de esta importante sección de América. Por eso no podemos formarnos una idea exacta del desarrollo especial de cada uno de los diversos elementos étnicos existentes durante aquel período y sólo podemos apreciarlo por inferencia, comparándolo con los que hoy tenemos.

Así, por ejemplo, sábese que desde 1788 cesaron virtualmente las irrupciones y ataques de los indios, y por consiguiente, el exterminio de éstos dejó de ser ya un factor en contra de la población del país. Sábese igualmente que las mezclas de las razas primitivas habían producido tres tipos nuevos, existentes en todo el país: el mestizo, hijo de español con mujer indígena; el mulato, hijo de español con mujer negra; y el zambo, mezcla rara de indio y negro.

En su historia de Panamá los señores Sosa y Arce dan como población del Istmo en 1793 la de 71.888 habitantes de toda raza y sexo, y aunque no indican la fuente de donde han tomado información tan exacta, la aceptamos como fundada. Según los detalles que ellos mismos dan, la capital y su distrito, tenían entonces 7.857 almas; San Juan de Penonomé, 5.320; Santiago, 5.076; la Villa de Los Santos, 4.093; Natá, 3.375; Portobelo, 2.061 y Alanje, 2.013 o sea un total, en las ciudades y villas principales, de 29,795 habitantes. El resto de 42.093 debía hallarse diseminado en los pueblos, caseríos y hatos no comprendidos en aquéllas.

Esos números nos demuestran que la población total de la Colonia decreció desde el descubrimiento hasta 1793, en vez de haber aumentado en la proporción atribuída a la especie humana en condiciones normales. La disminución la atribuímos a las causas expuestas ya en estos artículos, a saber, las matanzas de indígenas, la mortalidad extraordinaria producida por el mal clima y la emigración de los colonos al Perú o a Guatemala y México.

En esas circunstancias de pobreza y de escasa población principió para Panamá el siglo XIX.

Como antes hemos observado, no es posible establecer reglas fijas sobre el crecimiento de la población de un país, pues

inesperadamente se presentan causas aceleratrices o retardatrices que alteran los resultados. En Alemania, por ejemplo, que es uno de los países en donde se ha hecho el cálculo más exacto de la progresión del crecimiento, se estima que cada diez años la población aumenta entre un doce y quince por ciento, pero si ocurre una emigración excepcional o se presenta una peste infantil en un año cualquiera, lo seguro es que la proporción esperada desaparezca. No es posible, pues, anticipar o predecir la rata del crecimiento de un país, porque las circunstancias de una década pueden no subsistir en otra.

Malthus, filósofo y economista inglés de principios del siglo XIX, hizo un profundo estudio sobre este asunto y lanzó ideas y teorías que han sido muy combatidas, y algunas totalmente abandonadas; pero por muchos aspectos su obra sobre la población es interesante. El sostiene que la raza humana crece en progresión geométrica y que cada veinticinco años duplica su número. De que la humanidad crece en progresión geométrica no hay para nosotros duda alguna, pues lo demuestran las más elementales observaciones sobre la vida diaria en una comunidad cualquiera; pero . . . ¿Cuál es el factor constante o la rata de esa progresión? Es muy aventurado fijarlo como un elemento de cálculo exacto e invariable que nos sirva para llegar a conclusiones sociológicas incontestables.

Haciendo un detenido examen del problema, y tomando como base cálculos fáciles de verificar en cualquier núcleo reducido de familias radicadas en un territorio medianamente salubre, obtenemos resultados semejantes a los observados en Alemania. Si cada diez años se levanta el censo de una comunidad en las condiciones normales que hemos supuesto, se halla que la población ha aumentado poco más o menos un quince por ciento sobre el número con que se inició la década. Una población de mil almas que en 1800 hubiera principiado a registrar su aumento tendría en 1810, mil ciento cincuenta habitantes poco más o menos; en 1820, mil trescientos veintidós; en 1850, dos mil once, es decir se habría duplicado en cincuenta años; en 1910, cuatro mil cuarenta y cinco, cuadruplicándose en un siglo, y tendrá en 1920

cinco mil trescientos cuarenta y ocho, o lo que es lo mismo, se habrá quintuplicado en un período de ciento veinte años. En corroboración de este cálculo, hecho con el mínimo de aumento de 15 por ciento cada diez años, obsérvese lo ocurrido en Inglaterra y Gales en un siglo. La población de estas dos porciones de la Gran Bretaña era en 1801 de ocho millones ochocientos noventa y dos mil quinientos treinta y seis almas y en 1860 era de diecisiete millones novecientos veintiseis mil seiscientos nueve, o sea algo más del doble obtenido en nuestros cálculos. Un siglo después en 1901, era ya de treinta y dos millones quinientos veintisiete mil ochocientos cuarenta y tres, es decir, casi se había cuadruplicado, a pesar de que durante ese período tuvieron lugar las guerras napoleónicas, la de 1812 con los Estados Unidos, las de la India, la de Crimea y la del Transvaal. Si a los muertos de esas guerras se agregan los emigrantes a América, a Australia, al Sur del Africa y a todas las colonias, el cálculo de que la población de un país por lo menos se cuadruplica en un siglo, queda confirmado satisfactoriamente con el ejemplo de Inglaterra y Gales.

Aceptadas esas premisas como las más probables, veamos lo ocurrido en Panamá. Es evidente que durante la conquista y una gran parte de la época colonial la población indígena fué casi exterminada. Eso explica cómo en 1793 la población era 71.888 habitantes de toda raza y sexo. Un crecimiento normal de las razas nativas debería haber arrojado al cabo de cincuenta años 143.776 habitantes, y sin embargo, el censo de la Nueva Granada levantado precisamente en 1843 y en el cual se incluía la población de Bocas del Toro, recientemente formada entonces con emigrantes de San Andrés y San Luis de Providencia, sólo alcanzó a 119.002 habitantes. Vino después el censo de 1870, con un total de 220.542 habitantes. . . y aunque parezca cosa sorprendente en vista de las censuras hechas a aquel trabajo, es lo cierto que él se conforma más que ningún otro con la teoría del crecimiento adoptada por nosotros como más probable. En efecto, según nuestros cálculos, fundados en el censo de 1793, la población del Istmo en 1873 debía ser de 218.663 habitantes y el censo de 1870 arrojó 220.542, es decir, apenas una diferencia de

1879 almas! Tomando como nuevo punto de partida ese censo, Panamá debía haber tenido en 1910 una población nativa de 385.819 almas, y en 1920, dentro de un año, debería elevarse a 443.690, sin contar los extranjeros y su descendencia que en 1870 probablemente no eran numerosos como después han sido. Sin embargo, el censo de 1911 sólo arrojó una población nativa de 261.453 habitantes, inferior en mucho a la que debería existir en el país si éste hubiera tenido siquiera el *mínimum* del crecimiento natural de una raza medianamente prolífica. Y la diferencia en contra del país es mucho más notable y digna de observarse si se tiene en cuenta que nuestras razas son extraordinariamente prolíficas.

Una familia con sólo tres hijos en el Istmo es una rareza, y una mujer estéril es difícil hallarla. Probablemente habrá unas pocas unidades en todo el territorio nacional. Según nuestras observaciones, el término medio de la prole de un hogar panameño es de cinco hijos. El problema de la población entre nosotros no está, pues, en la natalidad, está especialmente en la mortalidad y en la mortalidad prematura, frutos del clima, de la ignorancia, de la pobreza, de ciertos vicios arraigados como el alcoholismo, y de la falta absoluta de higiene individual y de higiene pública.

Si hubiéramos creado aquí condiciones favorables para la vida, si hubiéramos implantado el cuidado científico de la niñez y de la infancia, desarrollando la riqueza pública para permitirle al nacional vivir con comodidad, con holgura y con recreos honestos, nuestra población sería hoy de setecientos mil nativos y de doscientos o trescientos mil extranjeros. Basta ver lo que ha pasado en las ciudades de Panamá y Colón, que en el curso de doce años han triplicado casi el número de sus habitantes.

Prospecto

IV

Si la población del Istmo en 1870 era efectivamente de doscientos veinte mil habitantes, y en 1911 esa población sólo ha-

bía subido a doscientos sesenta y un mil panameños, pues los extranjeros, cuyo número fué de 57.286 no deben entrar en nuestros cálculos, por ahora, el aumento real de la población del país fué de cuarenta mil novecientos once almas en el largo período de cuarenta y un años! A esa rata de crecimiento, no será sino en 1950 cuando nuestra población nativa, llegara a tener 305.000 habitantes.

Continuando las cosas como van en el interior del país, el prospecto que podemos llamar natural de aumento de la población istmeña es de lo más triste y pobre. Tomemos, como ejemplo algunas de las poblaciones que han figurado en todos los censos levantados desde 1793. La Villa de Los Santos tenía en 1793, según la historia de Sosa y Arce una población de 4.093 almas; en 1843 había subido a 6.015, o sea un aumento de 1958 en cincuenta años; no tenemos el dato del censo de 1870, pero sí tenemos el de 1911, según el cual el número de almas de aquella ciudad era de 6.775 o sea un aumento de 724 habitantes en sesenta y ocho años! En 1793, Penonomé tenía 5.320 habitantes; en 1843 el número había ascendido a 8.598 es decir un aumento del 60 por ciento, pero no se había duplicado como era de esperarse en un crecimiento normal, y en 1911 tenía 10.897, un aumento de 2.299 o sea el 27 por 100 en sesenta y ocho años. Santiago tenía en 1793, 5076 almas; en 1843 había llegado sólo a 5.974, o lo que es lo mismo, había ganado 898 almas en 50 años, y Atalaya, distrito entonces, contaba 1.084. En el curso de 1911 Santiago, junto con la población de Atalaya que es hoy apenas un Corregimiento aparece con un total de 13.081; ha ganado, pues, 6.013 habitantes desde 1843, o sea el 86 por ciento en 68 años. Poblaciones como David son excepcionales en el Istmo. En 1793 no existía probablemente sino como caserío de poca significación alrededor de una ermita situada en el camino de Alanje a Remedios. En los pocos archivos públicos del antiguo Cantón de Alanje y en los eclesiásticos de la parroquia de ese mismo nombre, encontramos hace algunos años referencias a la ermita mencionada en documento del año 1738. Eso es todo: sin embargo, en 1843 la población de David

era ya de 4.321 habitantes y el censo de 1911 le asigna 15.059!

Una de las causas retardatrices de la población panameña la hemos venido indicando en estos artículos y en otras ocasiones, y es la elevada rata de la mortalidad, que afecta sobre todo a los niños. En 1914 según datos publicados por la oficina de Estadística, hubo en el país 11.710 nacimientos y 6.745 defunciones, o sea una diferencia en favor de la población de 4.965. En 1915, los nacimientos fueron 12.153, y las defunciones 6.238, con una diferencia favorable de 5.915. El progreso, el aumento del año de 1915 sobre el de 1914, fue pues de 950. Totalizando los nacimientos y las defunciones desde el año del censo hasta 1915 obtenemos estas cifras: nacimientos 39.407; defunciones, 21,604; diferencia que viene a ser el aumento de la población en cuatro años, 17.803, con un promedio anual de cuatro mil cuatrocientos cincuenta! En este número están incluidos los hijos de extranjeros. Los datos que anteceden corroboran nuestra afirmación de que las poblaciones del Istmo en donde prevalecen los elementos étnicos nativos no crecen como debían crecer y es preciso poner los medios de que tal situación cambie sin demora. Es esencial, es imperativo, disminuir la mortalidad del país, darle protección eficaz y constante a la niñez y darles trabajos remunerados a las gentes; es indispensable que la sanidad extienda su influencia a todos los rincones del país para que la población viva sana y contenta y crezca normalmente. De lo contrario, acontecerá en grande escala lo que ya viene aconteciendo hoy en pequeñas proporciones. Se despoblará casi por completo el interior del país: todo el mundo querrá venir a habitar en las ciudades de Panamá y Colón que brindan más protección, comodidades, oportunidades y recursos. Tendremos un problema transplantado del campo a las ciudades, pues nadie ignora la condición deplorable de las habitaciones en que viven las gentes pobres hacinadas en cuartuchos oscuros e infectos. Y luego ocurrirá lo que es inevitable, la invasión paulatina del interior del país por antillanos y por asiáticos que resisten todos los climas y que al fin vendrán a formar la mayoría abrumadora de la población nacional.

Las condiciones actuales de vida en el interior deben ser cambiadas con sabiduría por la acción del Estado y fué precisamente para llamar la atención sobre asunto tan trascendental y tan urgente para lo que publicamos hace algunos días el programa del primer Ministro inglés Lloyd George.

V

A pesar de que el país posee riquezas naturales inmensas en sus bosques, en sus tierras, en sus ríos y en sus mares, la pobreza general de sus habitantes es desconsoladora.⁽¹⁾ Si hubiéramos tenido la previsión de comenzar a avaluar la riqueza pública desde hace doce años, cuando se fundó la oficina de estadística, ya hoy podríamos conocer el valor aproximado de dicha riqueza. Nada o muy poco hemos hecho a ese respecto; el único dato conocido y publicado es el catastro de las propiedades inmuebles y semovientes gravadas con un impuesto; pero como del pago de éste quedan excluidas las propiedades cuyo valor no alcanza a cierta cifra y todo el mundo se ingenia para que su casa no figure sino por menos de aquel límite o quede excluida completamente, el catastro como dato de la riqueza pública tiene poco valor. Sin embargo, los que conocen el país de un extremo a otro pueden apreciar lo que vale su riqueza. Hay pueblos enteros, y no pocos, con el nombre altisonante de Cabeceras de Distrito cuyas casas no valen todas juntas diez mil pesos. Las habitaciones de los campos, casi todas construídas de maderas recién cortadas, techadas con palmas y desprovistas de paredes, nada valen; y sin embargo, en ellas viven todo el año decenas de miles de panameños. Aún en lugares más adelantados, las casas son de adobe que con las lluvias torrenciales del país tienen una duración de pocos años y un valor muy reducido.

El país se halla en este estado de pobreza que bien merece el nombre de miseria, porque su población no produce, no crea, no capitaliza. La población no produce por estas causas principales: primera, la falta de necesidades, o sea el predominio de la anima-

lidad que sólo exige para subsistir y reproducirse, un calzón corto, un techo de paja o de palmas y el maíz y el arroz que puede cosecharse en media hectárea de tierra; segunda, las malas condiciones higiénicas y sanitarias que mantienen la energía física en un nivel muy bajo; tercera, el aislamiento, pues la carencia de contacto entre los pueblos del Istmo unos con otros hace que la producción se reduzca a lo que consume el productor; cuarto, el vicio del alcohol que destruye las energías físicas y morales, impide el trabajo, multiplica la vagancia, crea el desorden, fomenta la inseguridad y origina el crimen.

En esas condiciones un país no puede progresar. Si no adoptamos un plan definido y prudentemente preparado para seguirlo por varios años consecutivos y nos empeñamos en continuar como hasta aquí, atacando los síntomas transitorios del mal, mientras éste se propaga insidiosamente, nunca tendremos en Panamá una población numerosa, trabajadora y feliz, dedicada a obras ennobecedoras y fecundas.

El programa es claro; crear necesidades que contribuyan a elevar moral y físicamente las masas populares, a efecto de que comprendan cuál es el fin pausable y grato del trabajo humano; difundir los principios de sanidad y de higiene que hacen del hombre un ente sano, fuerte, alegre y dinámico; unir los pueblos del Istmo por medio de una vía férrea que les haga vecinos y conocidos y los ponga en contacto diario social, industrial y económico; atacar y desarraigar el vicio del alcoholismo.

Este programa tiene como base fundamental la construcción del ferrocarril de un extremo a otro del país, pues tal obra aparte de su influencia industrial y económica, contribuiría a la creación de necesidades y a la difusión de la higiene. (2)

(1) *No deben confundirse los términos riquezas naturales y riqueza pública.*

(2) *Donde decimos ferrocarril podemos decir cualquier otra vía, y ya el problema está sablamente resuelto con la construcción de caminos para automóviles iniciada en 1921 y continuada con tesón y método en los años subsiguientes.*

La llegada de un ferrocarril a un punto del interior, digamos la ciudad de Penonomé, debe ser coetánea del establecimiento allí de acueducto y alcantarillado, buen pavimento de piedra o concreto, luz eléctrica, buen servicio de correos, de telégrafos y de teléfonos. ¿Qué sucederá entonces? Primero, la vida de los antiguos residentes cambiará como por encanto por el contacto diario con la capital de la República y con el mundo exterior; habrá mejor protección para la salud y para la vida por la facilidad de llamar médicos y de recibir recursos de Panamá; las transacciones comerciales de todo género se activarán por la llegada de nacionales y extranjeros atraídos por las riquezas naturales de la Provincia o por simple deseo de conocer; la sociedad recibirá un estímulo civilizador y se hará más activa y exquisita en sus expansiones y sus fiestas. Habrá atracción para el inmigrante que llegue temeroso aún de establecerse, y la población comenzará a aumentar con elementos extraños que traerán ideas e impulsos nuevos; se establecerán hoteles en donde los viajeros podrán hallar las comodidades a que están acostumbrados, y todas las gentes sin distinción de fortuna ni de clase, irán percibiendo que el vivir en una población convertida en ciudad verdadera, impone nuevos deberes, nuevas necesidades, tanto en vestido como en calzado y muebles para la comodidad de las familias y el ornato de sus residencias.

El efecto de una transformación semejante es aún mayor en otros respectos. Alrededor de las poblaciones algo importantes del interior se forman siempre caseríos en donde las gentes viven para estar cerca de sus plantíos o fincas. Apenas esas gentes observen las ventajas de una ciudad casi tan cercana a sus fincas como sus propios caseríos, harán lo posible por residir en ellas con sus familias, o por lo menos querrán que sus familias vivan mejor aunque ellos permanezcan en sus trabajos, y eso determinará un movimiento de concentración hacia la ciudad. El que vive casi desnudo y descalzo en un campo no puede vivir del mismo modo en la ciudad y se verá obligado a producir más para brindarles a los suyos el medio de satisfacer sus nuevas necesidades. En una ciudad en donde hay buenas calles, buenos

parques y buena luz pueden organizarse bandas de música, establecerse teatros siquiera de cinematógrafo, e irse fundando nuevos centros de recreo y de sociabilidad. En fin, la vida no sería ya un destierro en los lugares en donde se realizara la transformación que estamos describiendo; sería una vida normal de labor, de descanso y de recreo; vida eficiente, tranquila y feliz.

Este cuadro que hemos pintado tomando como ejemplo una ciudad panameña que no ha progresado mucho desde los tiempos de la colonia, podría repetirse en diez o doce localidades del país y entonces sí podríamos esperar un crecimiento activo de la población; entonces la inmigración espontánea que es la deseable, vendría gradualmente a darle impulso más vigoroso y acelerado a la obra cuyo incompleto bosquejo hemos trazado en estas líneas.

Si no procedemos así, dentro de algunos años Panamá se habrá convertido en un país compuesto de dos ciudades importantes y de un número mayor o menor de villorios casi tan despoblados y pobres como los que hoy existen. Ese es nuestro prospecto.

NOTA: Estos artículos fueron escritos de Enero a Mayo de 1919 y publicados como editoriales de "Diario de Panamá".

